

## VIDA ARTÍSTICA

## EL SALÓN DE OTOÑO

Más discreto, menos ostensible de sus defectos constitutivos y, al parecer, endémicos, el octavo Salón de Otoño no deja, sin embargo, de suscitar la misma triste impresión de los anteriores, en cuanto á lo innecesario de su finalidad.

Y tal vez ese tono menor, esa modesta agrupación actual de obras creadas con desgano ó impotencia artística, donde muy pocas sobresalen de un nivel demasiado vulgar, acentúa la ineficacia de semejantes exhibiciones pictóricas.

Se pudo discutir antes la razón de ser ó el propósito de quienes estimaban pertinente esa reiteración sistemática. Había una cierta esperanza de posible enmienda, de ser escuchados los consejos leales que no escasearon ni la crítica ni otros artistas ajenos al esfuerzo digno de mejor empleo que suponían los *Salones de Otoño*.

Pero no se ha hecho caso ninguno. El octavo Salón de la Asociación de Pintores y Escultores, que ya se dice tiene un tono de discreción y humildad menos excitante que la contumacia arrogante de los anteriores, ni siquiera indigna ó encoleriza.

¿Para qué? ¿Qué efecto podían causar la repetición de preguntas cuya respuesta aguardamos todavía? ¿Adónde se pretende seguir con esas exposiciones rebañadas en los estudios de artistas modestos durante las postrimerías del verano? ¿Se cree posible salvar el conjunto pobre con la aportación forzada y desdeñosa de algún pintor de primera categoría? ¿Se supone estímulo para el todavía desconocido, para el inexperto y desorientado que, desde el fondo de

una provincia, procura afinar sus capacidades, la admisión de obras francamente rechazables en la mayoría de los casos?

El Salón de Otoño, ó venía á ser lo contrario, lo antitético de la Exposición Nacional, ó no tenía razón ni derecho alguno á la existencia. Esto lo hemos dicho y repetido hasta fatigarnos á nosotros mismos. Y persistíamos, cada vez menos ilusionados, en un milagroso cambio de criterio que redimiese al fin el Salón de Otoño, despartando el instinto de conservación.

Pero ya vemos que todo es inútil. El Salón de Otoño no tiene enmienda ni cura. Hijo legítimo de la Exposición Nacional, ha heredado todas sus lacras y estigmas específicos. Y si una Exposición Nacional no puede considerarse testimonio sano y fuerte de las artes nacionales, mucho menos puede serlo este engendro suyo, creado á su imagen y semejanza, degenerado remedo de cuanto en aquélla es producto de concubinos al margen de los verdaderos desposorios con el Arte celebrados en un tiempo ya remoto.

Y es lástima grande. Porque Madrid necesita una exhibición anual que oponga á cuanto significan el rutinarismo escalafonario de los Certámenes bienales y las apostilladas tendencias predominantes en los Salones otoñales, la existencia—indudable y verdadera—de artistas á tono con las renovaciones modernas.

Prescindamos por un momento de que la actual Exposición del Retiro es un eslabón cronológico

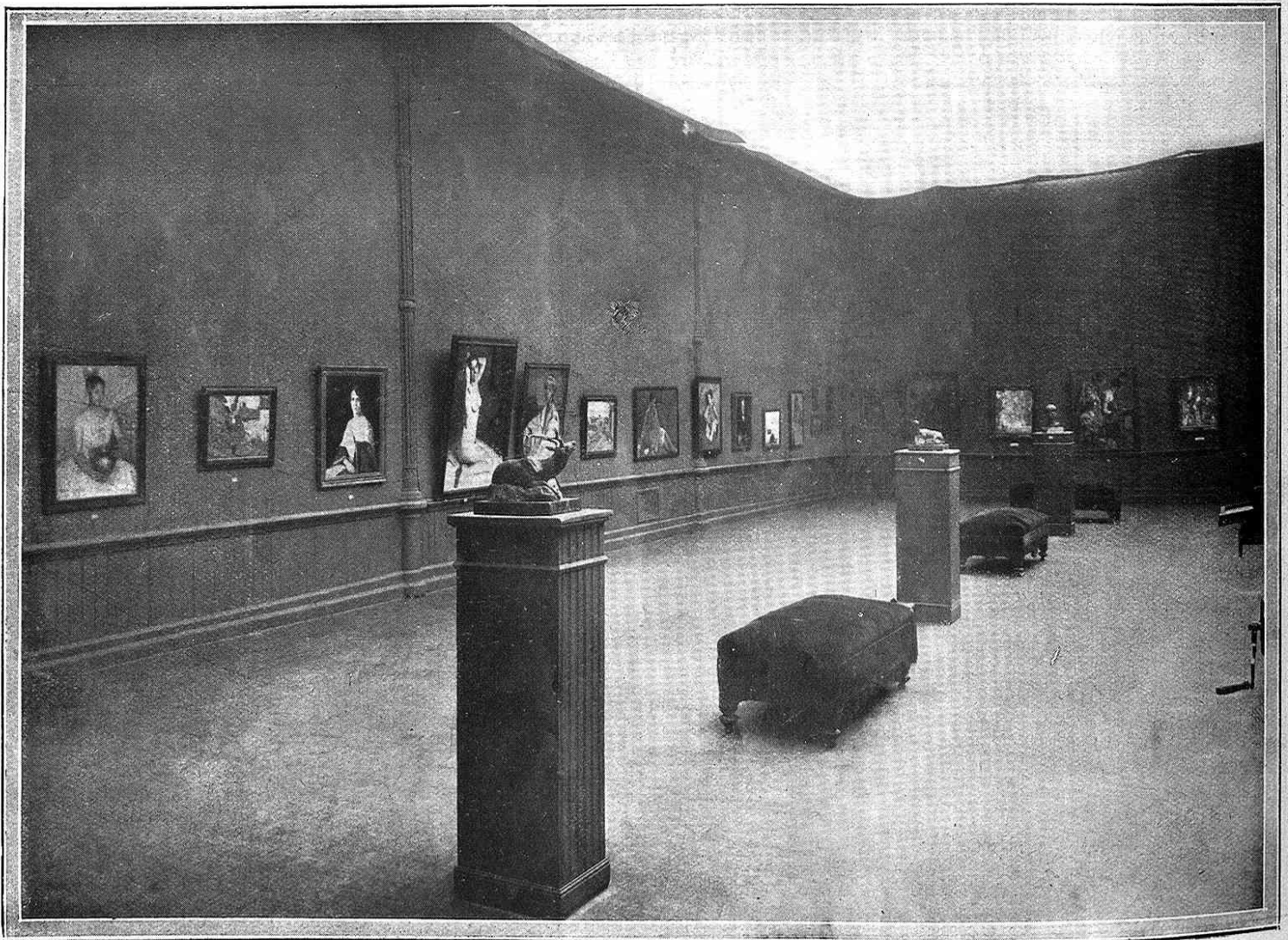
de esa cadena pesadísima con que unos cuantos artistas pretenden ahorrarse el tiempo, para que no se escape y siga su curso libre y natural. Veamos en ella no el lastre que no tuvo el valor de tirar para volar un poquito más alto.

Veamos solamente una de tantas exhibiciones colectivas donde se reunen por casualidad obras diferentes de artistas distintos.

Resulta entonces que, sin nada justificable de su celebración, importando á la vida artística madrileña tanto el que se haya celebrado como el que no, sus mismas sencillez y humildad acucian al visitante para no desaprovechar los escasos alicientes ofrecidos.

Características generales de la Exposición, pueden observarse: el buen afán de restablecer la pintura de desnudo; el mal afán de la simulación obstinada de estilos ajenos; el aumento de naturaleza en silencio y bodegones, y la disminución de paisajes; el retraimiento de escultores y decoradores, y el contraste—muy sintomático del error funcional de la Asociación y, por ende, de sus iniciativas—entre lo que se trae como ejemplo del pasado español y del presente extranjero. Y, por último, la generosa aportación de artistas consagrados que nada van á ganar concurrendo al Salón y, sin embargo, exponen en él.

En España se odia el desnudo con esa feroz y encarnizada grosería ideológica producto de la rijosidad contenida de la raza consumida en su propio fuego erótico. Frecuentes son los casos de persecución y diatriba públicas contra el pintor ó el escultor que se atreve á afrontar la hipó-



Vista de conjunto de una de las salas del octavo Salón de Otoño